

*Biografías
del Cinema*



Precio: **1'25** pesetas

Editorial **ALAS**



Editorial *Apas*

FUNDADOR Y DIRECTOR
RAMÓN SALA VERDAGUER
.....
B A R C E L O N A

APARTADO 707 — TELÉFONO 70657

CENTRO DE REPARTO: SDAD. GRAL. ESPAÑOLA - BARBARÁ, 14-16 - BARCELONA

BIOGRAFIAS DEL CINEMA

Año II

Núm. 8

JAMES STEWART

Artista galán joven de la pantalla americana que, sin aires de Don Juan ni elegancias rebuscadas, se ha colocado en primera fila entre los actores cinematográficos de estos tiempos. James Stewart, protagonista en «El ángel negro», «Vive como quieras», «El séptimo cielo» y varias otras películas, tiene en su vida, breve aún, materia suficiente para hacer interesante la narración que sigue.

IMPRENTA COMERCIAL
Calle de Valencia, 234
BARCELONA

A guisa de prólogo

Intentar hacer en serio una biografía de James Stewart parece una cosa imposible, pues un actor que ha podido cimentar su fama sobre su indolente desgarramiento se presenta ante el lector como un libro cuyas páginas estuvieran, no en blanco, sino llenas de borrones y maltrechas como las de un colegial travieso.

En todas cuantas películas se le ha visto ha aparecido con aire despreocupado, no demasiado listo, nunca brillante e irresistible a lo Rodolfo Valentino de ayer o a lo Robert Taylor de hoy.

¿Qué podrá contener la vida de James Stewart que pueda interesar a las lectoras? Me refiero solamente a vosotras, gentiles niñas, que acudís a los cines y devoráis nuestra pobre literatura. Algo habrá, no obstante, en la biografía, breve hoy todavía, de este galán desgarrado que pueda interesarnos. No cabe duda de que este actor posee personalidad, personalidad muy acusada que le ha valido el premio de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood, que su nombre ha sido de los que más se han cotizado y se cotizan todavía—ya sabéis cuán breve es la gloria de la estrella de la pantalla—todo lo cual hace que el nombre de James Stewart figure en esta época como uno de los primeros y pase a ocupar el lugar que le corresponde entre los artistas biografiados del séptimo arte.

Pasemos, pues, a revisar la vida del joven actor que ora es un atleta, ora un inocente desfacedor de entuertos y que burla burlando se ha hecho reconocer como bueno en todo el mundo.

APUNTES INTERESANTES DE LA VIDA DE JAMES STEWART EN LA INTIMIDAD Y EN LA PANTALLA

¿Tiene algo de extraordinario la vida de James Stewart? Juzgué el lector por sí mismo.

James Stewart es un joven como hay muchos... sencillo, naturalote, ingenuo, con su poquitín de rudeza juvenil. Este es James Stewart; nada más ni nada menos.

Bien es verdad que llegó rápidamente a ser célebre rompiendo todas las reglas establecidas; pero este hecho no le ha llevado a realizar las excentricidades que artistas de mucha menos fama se han creído obligados a hacer. Nada de esto. El siempre se ha portado como una persona normal, y rogamos que nadie se ofenda.

James Stewart, en realidad, no tiene historia. No ha sufrido miseria en los primeros tiempos de su carrera artística, ni ha sido héroe de ninguna aventura fantástica. No se le ve recorriendo las calles de Hollywood guiando un flamante automóvil de gran precio, ni resulta una pesadilla para el sastre. En una palabra, jamás se ha preocupado de realizar todas aquellas elegantes ridiculeces que la gente se imagina ha de hacer un actor cinematográfico joven y popular.

Alto, delgado, con una rebelde melena color castaño que pide el peine y el fijapelo a gritos, más parece un estudiante despreocupado que un famoso «as» del cine.

¿En qué consiste el secreto de la popularidad de James Stewart? Consiste en que se presenta tal cual es.

Jimmy, para llamarle como le llaman sus amigos, pasó la infancia en Indiana, pequeña población del Estado de Pennsylvania. De aquellos tiempos no recuerda con claridad más que el hecho, muy importante para él, que su padre era el propietario de una quincallería.

Dejemos que James Stewart relate personalmente sus aventuras.

«Tengo muy presente en la memoria que casi a diario me ganaba una paliza por el mismo delito; salía de casa a hurtadillas para ir a dar con mi diminuta persona en la quincallería de mi padre. Era una tentación irresistible, y las zurras eran completamente inútiles. La quincallería era para mí una especie de paraíso donde se encontraba todo lo que mi imaginación infantil podía soñar y desear: clavos, martillos, relojes, alambres, etc.

«Cuando tuve algunos años más y un poco más de juicio, se me autorizó para frecuentar la quincallería a cualquier hora y jugar a mis anchas con todo lo que quisiera.

«Un año, por Navidad, mi padre me regaló un aeroplano. Era tan grande, que permitía sentarse cómodamente en la silla del piloto, y estaba equipado con todos los detalles. Tenía una especie de motor que, si bien no le permitía volar, producía un agradable ruido como si se dispusiera a emprender el vuelo. Pero la idea de andar por el suelo con un avión no acababa de satisfacerme, y, por otra parte, tenía la absoluta seguridad de que si a mi espléndido aparato se le daba la oportunidad, sería capaz de remontarse a las alturas y navegar por ellas.

«Un niño vecino, a quien yo había consultado mis dudas,

concibió la brillantísima idea de que subiéramos el aeroplano a la azotea y hacerle emprender el vuelo desde allí. Medio día de trabajo, manejo de poleas, cables, ganchos y todo lo que nos vino a mano se empleó en aquella obra. Una vez realizada, me instalé ceremoniosamente en el avión, y sin el más leve temor acerca de la actuación de mi aparato, mi amigo lo empujó hacia el alero y me lancé al espacio. ¿Es necesario agregar que aparato y piloto nos estrellamos contra el suelo? Por fortuna, exceptuada la destrucción del avión, no sufrí más desperfectos que un fuerte magullamiento de todo el cuerpo.

»Por lo que se refiere a la moral, figurativamente hablando, sentí una profunda herida en el corazón. No era la pérdida del aeroplano lo que me dolía; era el ver destruída mi ilusión de poder volar. Este incidente fué un golpe mortal para mi entusiasmo por la aviación, y durante mucho tiempo no volví a ocuparme de ello. En realidad, la abandoné por completo.

»La caza mayor empezó a llamarme la atención por aquellos días. Obedecía esto a la literatura que acostumbraba a leer. Un día propuse a mi padre una expedición al Africa. Accedió a mi petición, y no pensé en otra cosa durante mucho tiempo. Me regaló una escopeta, botas de caza y demás adminículos necesarios para las expediciones al Africa. Yo estaba convencido de que la expedición sería un hecho en cuanto mi padre dispusiera del tiempo oportuno, pero no fué más que esto: Una tarde, mi padre me dijo que saldríamos de cacería, pudiendo vestirme adecuadamente, y, efectivamente, salimos. Recorrimos una selva situada bastante cerca de casa, y mientras tanto, mi padre iba contando famosas aventuras de la selva. Sus explicaciones eran tan gráfi-

cas y tan comprensibles para un muchacho de seis años, mi edad entonces, que me imaginaba estaba al pie de las Pirámides con un león muerto junto a mí.

»Estas excursiones con mi padre se repitieron varias veces, y me llegaron a entusiasmar tanto, que le obligué a prometerme que un día me llevaría al Africa de verdad. No dejaba pasar día sin recordarle su promesa, y le pedí que señalara una fecha. Así lo hizo, y cuando llegó la soñada fecha, el buen señor, para salir del atolladero, no tuvo más remedio que ir de viaje hacia cualquier parte. Arreglé mis maletitas, y cierta mañana salimos con rumbo a lo desconocido. Es decir, lo desconocido para mí; puesto que mi padre bien sabía que el término de la aventura expedición era sencillamente Atlantic City, el famoso balneario que dista un centenar de kilómetros de Indiana. La disculpa que tendría que darme cuando llegáramos a nuestro destino para no seguir adelante, le tenía muy preocupado, pero la suerte vino en su auxilio. Aquella misma mañana había ocurrido en cierto punto del camino un grave descarrilamiento. Fingiéndose mi padre terriblemente contrariado, y mostrándome los vagones hechos pedazos, me explicó que a consecuencia de aquel accidente no nos era posible ir al Africa como proyectábamos. En cambio, me llevaría a pasar unos días en Atlantic City. No me dió con esto una gran alegría, aunque el sitio es agradable; pero lo único que a mí me interesó, para consolarme de la fracasada expedición africana, fueron los cocodrilos y los tigres de un jardincillo zoológico que por allí había.

»Pasaron algunos años, y yo seguía con la manía de la caza. Nos reunimos un grupo de muchachos excursionistas, y una vez salimos de casa. Disparé muchos tiros y por

fin logré hacer blanco. Pero la suerte quiso que el fruto inicial de mi proeza cinegética resultase ser un apestoso zorro. Los compañeros querían dejarme solo con mi presa. Es verdad que el zorro no olía a rosas, pero hay que considerar que yo había disparado a distancia sin saber de qué animal se trataba. Además, olía bien o mal, era mi primera pieza, y era necesario rendirle los honores del caso. Sin más tardanza procedimos a desollarla. Al regresar a casa llevé como preciado trofeo la piel del zorro, que, a decir verdad, era preciosa.

»Llegó el momento en que tuve que ingresar en la escuela superior, y he de confesar que no sentía por los estudios el entusiasmo que había sentido por las cacerías. No obstante, comprendía que era indispensable estudiar, y puse en ello todo el afán posible y logré ser un estudiante corriente. No quiero que se entienda con esto que yo detestaba el estudio o la escuela; al contrario, recuerdo haber pasado allí ratos muy agradables y muy felices.

»Tendría unos doce años cuando se apoderó de mí un nuevo entusiasmo: la química. Animado por tal afición, hice gran amistad con cierto prestidigitador de feria que por aquellos días pasó por nuestra localidad. Este nuevo amigo mío me enseñó algunas fórmulas harto interesantes y además me obsequió con dos títeres de trapo en cuyo manejo llegué a ser bastante hábil.

»Mi padre era un hombre que lejos de desanimarme o reírse de mis afanes y entusiasmos, más bien los fomentaba, y cuando descubrió que yo sentía afición por la química, me compró un juego completo de sustancias, retortas y alambiques para que llevara a cabo mis experimentos de química casera. Durante esa época hice amistad con dos mu-

chachos, que fueron mis íntimos amigos hasta que llegó la hora de regresar al colegio. Dichos muchachos estaban tan chiflados como yo por la química, y poseían también sus laboratorios. No puedo menos que sonreír cuando recuerdo la cantidad de barbaridades que llegamos a efectuar en nuestros laboratorios. El milagro fué que no volaron nuestras respectivas casas. Con decir que nos entregamos con ahinco a recorrer los misteriosos dominios de la química, dedicándonos especialmente a la preparación de explosivos.

»Por suerte de nuestras familias y nuestra, de la noche a la mañana el entusiasmo de los tres «sabios» se desvió de las retortas y alambiques hacia la radio, que a la sazón estaba en su infancia.

»Hablábamos de la nueva maravilla con tanta propiedad como si fuéramos los inventores. No existía detalle que ignoráramos. Cada uno de nosotros había instalado un aparato en su casa y pasábamos las horas muertas enviándonos mensajes por medio de señales, que era como se hacían las primeras transmisiones. Recuerdo que siempre estábamos comentando lo admirable que sería si pudiéramos hablarlos alguna vez y oír nuestras voces a través de aquel misterioso mecanismo.

»Como de costumbre, mi padre compartió conmigo el entusiasmo por la radio. Trajo de nuestra tienda todo el material que era necesario, y entre los dos construimos un aparato receptor en toda forma. ¡Jamás olvidaré el día en que por primera vez pude oír una transmisión de música por la radio! Mi emoción fué tan grande, que no pude evitar que las lágrimas asomaran a mis ojos.

»En el terreno de otras diversiones, el cine era una de mis preferidas, y entonces hacían furor las películas «de

serie», casi todas ellas de argumento sensacional. Todas las semanas acudía yo al cine, y sentado en una butaca contemplaba boquiabierto las proezas de Houdini, el Conde Hugo y la Perla Blanca. ¡Cómo temblaba de emoción cuando alguno de estos héroes era lanzado a un depósito de agua hirviendo atado de pies y manos! ¡Y qué tremendo desencanto cuando en aquel preciso instante un letrero en la pantalla anunciaba que «el desenlace» se verá en el episodio de la próxima semana!

»Tanto llegué a frecuentar aquel cine, que me hice amigo del empresario y acabó por darme un empleo en su local. En aquellos tiempos, el proyector actuaba por medio de una manivela, y ésta fué la labor que se me confió y mi primer contacto directo con la industria cinematográfica.

»Estalló la guerra de 1914, y mi padre tuvo que incorporarse con el grado de capitán. Durante varios meses estuvo prestando servicio en un campo de instrucción de Carolina del Sur, donde yo iba a visitarle con frecuencia. La víspera de la salida de mi padre hacia Francia con el primer contingente de tropas norteamericanas, toda la familia lo pasamos en Nueva York. Visitamos la estatua de la Libertad, oímos un discurso del presidente Wilson, presenciamos varios desfiles militares y estuvimos de pie y andando desde las seis de la mañana, que era la hora en que debía zarpar el barco, hasta las doce del mediodía, hora en que realmente levó anclas rumbo a Europa.

»Como era muy natural, la fiebre bélica me atacó como a todos mis amigos, y en menos tiempo que empleo para contarlos, en un terreno cercano a mi casa cavamos una red de trincheras, donde íbamos todas las tardes al salir del colegio y librábamos encarnizadas luchas.

»"Mis soldados" eran indudablemente lo más florido de aquel ejército de arrapiezos de la localidad, y poseíamos cascos de acero, caretas antigás y todo lo que correspondía a un ejército bien equipado.

»Nuestra actividad era tanta, que se nos acudió la idea de realizar algunas interpretaciones teatrales, y no fui yo de los menos entusiastas.

»Realizamos algunas interpretaciones con un excelente reparto de chiquillería, que ponía muy buena voluntad en la tarea, y me parece recordar que algunas de nuestras funciones no estarían del todo faltadas de gracia. Como locales disponíamos de los sótanos de nuestras casas, y en cuanto a público, nos sobraban familia y amigos. Tal vez la mejor representación que llevamos a cabo fué «El Cobarde». Se trataba de un muchacho tímido que no quería ir a la guerra y era conocido por el «cobarde». De repente reaccionaba, se presentaba en el campo de batalla y, cubierto de heridas, él solo conseguía derrotar al enemigo.

»No sé si presentiría que tarde o temprano mi carrera sería la escena, la cuestión es que tuve la idea de representar un monólogo en el que yo encarnaría a George Wáshington en el momento clásico de cruzar el río Delaware. Me sentía capaz de ello, y no vacilé en vestir un casacón y unas botas tres veces más grande de lo que me correspondía, y con una terrible espada en alto aparecí en el escenario, solo, inmóvil e imponentemente serio. Mi madre y mis amigos hicieron esfuerzos sobrehumanos para tomar la cosa en serio; pero una buena señora no pudo contenerse y soltó la carcajada de tan terrible manera, que fué preciso hacerla retirar del salón. Es inútil añadir que mi heroico monólogo terminó entre una tempestad de carcajadas. Después de este

fracaso resolví dejar para siempre las representaciones teatrales en gran escala.

»Durante los años de mi niñez, absorbo como estaba por las cacerías de fieras, la aviación, la radio y la química, me había ocupado muy poco de mis dos hermanitas, Mary y Virginia. Cuando fui mayor, me interesé más por ellas y acabé haciéndolas compañeras inseparables de todos mis pasatiempos y diversiones.

»Cursaba yo el tercer año de escuela superior cuando estrené los primeros pantalones largos. Fué un acontecimiento trascendental. Mi padre me llevó a presenciar un partido de fútbol que se jugaba entre el equipo de la Universidad de Yale y la de Princeton. A esta última había pertenecido mi padre en su mocedad.

»Ahora tengo que hacer una confesión que tal vez no sorprenda a los que me han visto actuar en películas, pues a los actores, aunque nos adaptamos al papel que nos confían, nuestra manera de ser siempre se acusa. Sentado esto, les diré que en cuestiones de faldas soy un ser tímido, excepcionalmente tímido. Así no es de extrañar que en los días de mi adolescencia sólo pueda recordar un breve capítulo amoroso. La protagonista de mi idilio era una niña pizpireta y pelirroja, con quien solía patinar sobre el asfalto de nuestra calle. Como ya saben mis lectores, este idilio no prosperó. Cambiamos de casa, y no la vi más; pero cuando comenzó a aparecer mi nombre en los luminosos de los cines americanos, recibí una cartita de mi viejo amor felicitándome. He de confesar que yo estaba chiflado por la niña; pero estoy seguro que no logré dejar muy profunda huella en su corazón.

»Terminado que hube mis estudios en la Escuela Supe-

rior, ingresé en la Academia de Mercersburg. Desde un principio cobré afición especial por los saltos y las carreras. Mi estatura me favorecía en estos deportes, y obtuve en ellos calificación muy satisfactoria, y lamento no poder decir lo mismo referente al latín, que por poco me suspenden. Pero logré salvar la situación y obtuve el diploma que me permitió ingresar en la Universidad de Princeton.

»Me matriculé en un curso de ingeniería, a la cual era yo muy aficionado. Aquel período fué uno de los más felices de mi juventud. La tentación de la escena surgió de nuevo, pero sin grandes resultados. Actué algunas veces en un club de estudiantes, al que pertenecía, pero fué una cuestión pasajera. Después de estas actuaciones teatrales, me convencí de que no tenía aptitudes de actor.

»Una nueva afición se despertó en mí: el acordeón. Dediquéme con brío al estudio de este instrumento, y en poco tiempo llegué a tocar bastante bien. Esta nueva habilidad me resultó un poco perjudicial en el terreno romántico. Cuando nos reuníamos varios chicos y chicas dispuestos a bailar y pasar un buen rato, yo iba provisto de mi acordeón para animar la fiesta. Mis amigos, que no eran tontos, me rogaban que tocara, y el resultado era que ellos bailaban tanto como les apetecía y yo no hacía más que tocar el acordeón. En este aspecto cobré cierta antipatía al instrumento y decidí dejarlo en casa siempre que se trataba de asistir a un baile familiar.

»No quería yo oír hablar más de representaciones teatrales; pero como que había tomado parte en ellas, no tuve más remedio que formar parte de la compañía que durante las vacaciones de Navidad salía de gira teatral. Era la primera vez que yo tomaba parte en semejantes jiras, y he

de confesar que me proporcionó varios de los días más felices de mi tiempo universitario. Eramos 75 los que formábamos la compañía teatral, todos alegres y dispuestos a divertirnos. Ya pueden ustedes imaginarse lo que suponía para nosotros viajar juntos, ir de población en población, siendo agasajados de todo el mundo y especialmente de los ex alumnos de Princeton. No había minuto de aquellos viajes que no fuera delicioso. El recuerdo de aquella representación ha perdurado siempre en mí.

»Hay otra anécdota de mi vida estudiantil que no quiero dejar de contar, pues creo ha de ser interesante para mis lectores. Se trata de la venerable campana de Nassau Hall. Es la siguiente: En cierta parte de la Universidad existe una enorme campana, al son de la cual se despierta a los alumnos por la mañana y se les llama a clase. Existe una costumbre, convertida en ley, aunque no escrita, pero que se cumple rigurosamente en Princeton, que si alguien logra quitar el badajo de dicha campana y, naturalmente, por la mañana no puede tocar, aquel día es fiesta en la Universidad. Quitar el badajo de la campana es una proeza muy difícil, pues en mis tiempos ya se habían tomado tantas precauciones que casi era imposible realizar tal hazaña. Sin embargo, acompañado de otros dos estudiantes, intentamos una noche robar el bendito badajo; pero, poco hábiles como discípulos de «Caco», fuimos sorprendidos y tuvimos que echar a correr sin lograr nada. Este fracaso resultó más amargo para mí que para mis compañeros, porque mi padre en su juventud había conseguido llevar a cabo tal empresa, y yo había soñado siempre en repetirla.

»Terminé mis estudios, y bien puedo decir que el día en que se abandona la Universidad es el día más triste de

la vida. Es como si se acabara la juventud y de repente cayera sobre uno la responsabilidad de la propia vida que hay que defender y ganar. Yo podía dirigirme a casa de mis padres, donde sabía que sería bien recibido; pero prefería ir allí habiendo ya resuelto qué carrera u oficio pensaba abrazar. Estábamos en pleno verano, y me dirigí a Falmouth para pasar unos días de vacaciones. El dinero que yo llevaba se terminó antes de lo que yo había pensado terminar las vacaciones, y siguiendo el consejo de unos amigos, toqué el acordeón en un salón de té, cosa que me proporcionó algunos dólares. Esto hizo que conociera a bastante gente, y sin darme casi cuenta, un amigo me hizo ingresar en cierta compañía teatral que estaba en Cape Cod. Casi siempre sentía cierta nerviosidad al salir a escena. Esta vez, cosa extraña, experimenté una grata sensación al pisar las tablas, a pesar de que mi papel era el más insignificante.

»Comprendí que esta vez era algo definitivo. Ni arquitectura, ni ingeniería, ni química; mi profesión era el teatro.

»He de confesar que en todas las obras en que aparecí durante aquella temporada fui un perfecto fracaso; pero yo sentía algo dentro de mí que me impedía desertar, como me había ocurrido otras veces, y seguí firme en mi puesto, confiando siempre en que llegaría un día en que dejaría de fracasar. Pasaba de una compañía a otra, y logré ingresar en la que estaba representando «Adiós otra vez», cuya protagonista era Margaret Sullivan. Tomé parte en «Primavera en otoño», «Todos los buenos americanos», «El Jack amarillo», «Dividido por tres», «Miss Gloria» y «El final de la jornada».

»Entre éxitos y fracasos había logrado familiarizarme bastante, y a fin de adquirir la experiencia necesaria para

lo que yo llamo una completa carrera teatral, me contraté como director de escena en el teatro de Boston donde Jane Cowl estaba representando «La dama de las camelias».

»La gran obra de Dumas me tenía entusiasmado, especialmente la escena final, o sea la muerte de Margarita Gautier. Todas las noches estaba yo entre bastidores contemplando cómo Jane Cowl agonizaba artísticamente. Era un desenlace teatral de lo más dramático interpretado por la actriz más famosa de su época. Una noche, durante estos conmovedores momentos, reinaba tal silencio, que se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. De repente, un ruido metálico vino a perturbar la escena. Abandoné el escenario y salí a ver de qué se trataba. No era más que un chiquillo que se entretenía tirando piedras al tejado del teatro, que era de cinc. Un par de azotes al travieso chiquillo y regresé al interior del teatro. Creyendo que había estado ausente más rato, me pareció ver que Jane Cowl había ya llegado al final de la escena y di orden de que bajaran el telón de boca. ¡Tragedia! Jane Cowl, o, mejor dicho, Margarita Gautier, se encontraba en mitad de su agonía. Levantóse del lecho mortuario, con la cabellera en desorden y los ojos llenos de lágrimas. Dirigióse severa hacia mí y me dijo:

»—Joven, no sabe usted lo que ha hecho... Ha estropeado usted mi mejor escena. Su inexperiencia me ha robado el éxito de esta noche...

»Di toda clase de excusas, pero Jane Cowl jamás se reconcilió conmigo. Creía que yo era su enemigo personal y que le había fastidiado la escena adrede. Lo lamenté muchísimo, pero no podía hacer más de lo que había hecho.

Le había pedido perdón; si no me había creído, sería que yo no sabía expresarme sinceramente a pesar de proceder con toda buena fe.»

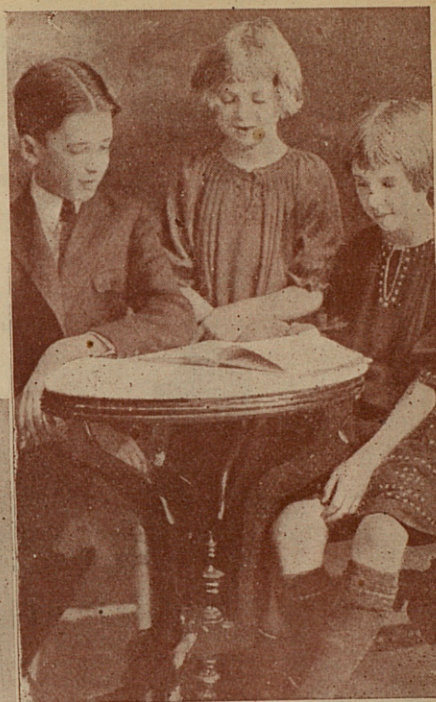
INICIACION EN LA CARRERA CINEMATOGRAFICA

El desfile de actores de teatro hacia Hollywood era cosa frecuente, y el nombre de James Stewart ya había estado en la imaginación de los magnates de la cinematografía; pero nadie se había decidido a hacerle propuestas de contrato.

Todas las compañías cinematográficas van siempre en busca de nuevos talentos para presentar en la pantalla, y desde el advenimiento del cine sonoro, bien se puede decir que el teatro ha cedido lo mejor de sus actores a la pantalla.

James Stewart fué solicitado para sacarle unas pruebas, a lo que él accedió gustoso, seguro de que su gran estatura no sería un éxito en el lienzo de plata. El no vió las pruebas, pero deberían haber gustado, por cuanto recibió una invitación para que se trasladara a Hollywood, donde se le esperaba en los Estudios de Culver City. Según declaraciones hechas por James, no tenía gran interés en pasar a ser actor cinematográfico, no porque no ambicionara los triunfos y los sueldos de las estrellas de cine, pero es que temía que sería un fracaso, y esto era lo que le tenía más bien apartado de todo lo que fuera actividad hollywoodense.

Interesante grupo de los pequeños Stewart. James, a los doce años, con sus hermanitas Mary y Virginia.



Resuelto a no casarse, según dice, el gran actor cinematográfico se entrena en los quehaceres domésticos.

(Fotos Metro Goldwyn Mayer)





Algunos años más tarde, trabajando ya en un estudio de Hollywood, James recibe la visita de su madre y Mary, la hermana mayor.

Una de sus grandes aficiones es la música, que estudia con afán, y como que su casa de Beverly Hills está rodeada de jardín hasta la fecha los vecinos no se han quejado.



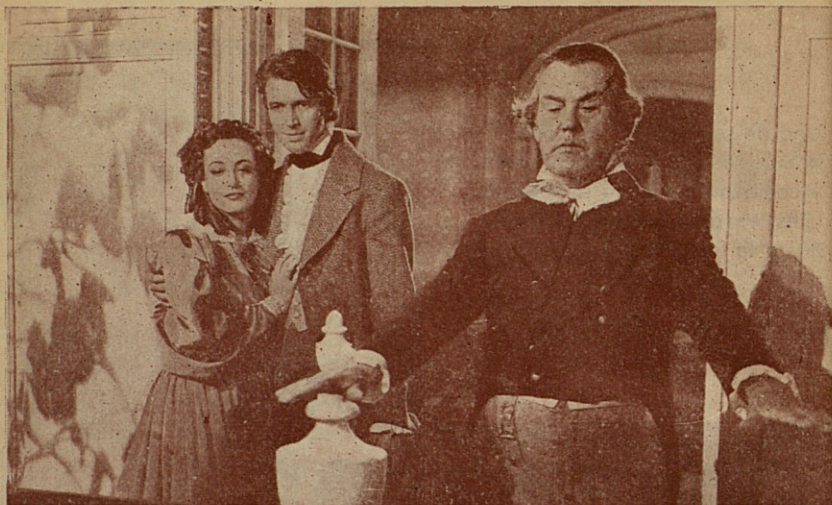
Alas, aviones, la pasión de James Stewart, quien posee avioneta propia y título de piloto civil.

(Fotos Metro Goldwyn Mayer)

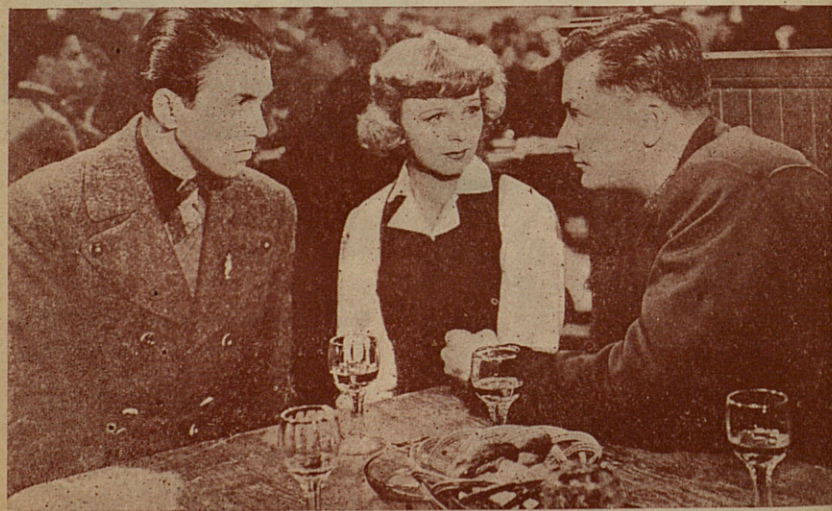


Una escena de la película "Una chica de provincias", cuya chica es Janet Gaynor.

(Fotos Metro Goldwyn Mayer)



James Stewart en el film "La divina coqueta".



Nuestro biografiado, Margaret Sullivan y Robert Young tomando el aperitivo
(Fotos Metro Goldwyn Mayer)

Más por curiosidad que por afán de llegar a ser un astro de la pantalla, se dirigió a Hollywood, y no pudo menos que quedar sorprendido al ver que Metro Goldwyn Mayer le ofrecía un contrato.

Ai día siguiente, le entregaban un papel de importancia secundaria en la película «La voz que acusa».

Habla ahora James Stewart:

«Nunca podré olvidar la impresión que me causó la primera vez que me vi en la pantalla. Todo eran pies y manos. ¡Un pelele horrible! Pero, sin duda, los productores no pensaron lo mismo, y supongo esto porque me entregaron el papel de hermano de Jeanette MacDonald en la cinta musical «Rose-Marie». Este papel no es de gran importancia y además es corto, y ahora, aun a trueque de pasar por inmodesto, oí decir que lo había realizado maravillosamente y que fué el que me lanzó en mi carrera cinematográfica.

»El ambiente de Hollywood me fué simpático, tanto más cuanto había oído decir que la Meca de la cinematografía era una especie de manicomio; pero a mí no me lo pareció cuando llegué, ni me lo ha parecido nunca. Todo es ameno y agradable en Hollywood, y no he conocido a nadie que no fuera agradable. No quiero pecar de ingrato, pero rápidamente iba olvidando el teatro y los pocos éxitos que en él había conseguido. Me encuentro tan bien en Hollywood, que quisiera vivir aquí toda la vida.»

Esta es la impresión que él nos da de su llegada a Hollywood, haciendo sobresalir que todo le fué simpático, y hemos de hacer constar que Hollywood también simpatizó con él. Desde el primer día fué acogido con especial afecto y estimulado con entusiasmo en su carrera artística. No bien había acabado de trabajar en «Rose-Marie», cuando se le

incluyó en el reparto de la película «Entre esposa y secretaria», «Cuando volvamos a amarnos», «Una chica de provincias» y «La prueba suprema», papel extraordinariamente romántico.

La carrera de James Stewart iba en rápida ascensión, y nada lo demuestra más que el importante papel que se le confió en la película «La divina coqueta» y otro en «Nacida para la danza» con la famosa Eleanor Powell. ¡Todo esto en menos de un año!

Su completa naturalidad y franca sencillez en sus actos, han hecho que James Stewart conquistara la simpatía de cuantas personas le rodean. No tiene pretensiones exageradas respecto a su talento, ni tampoco se esconde fingiendo una falsa modestia. Lo que lleva hecho hasta hoy en el campo cinematográfico no lo considera más que el natural principio de su carrera.

«Lo que uno está aprendiendo—dice Stewart—no puede llamarse una carrera terminada, y yo apenas estoy aprendiendo el arte de la actuación cinematográfica. Al que estudia leyes, no se le puede llamar abogado. Del mismo modo, a mí no se me puede, en justicia, llamar actor. Trabajar en el cine me gusta mucho, pero no creo que esto sea mi carrera definitiva. Hay otras ramas de la industria que me atraen más. Dirigir películas y escribir argumentos, por ejemplo. A esto es a lo que estoy encaminando todos mis esfuerzos.

»Entre mis planes para el futuro, el que más me entusiasma es viajar, especialmente por el aire. La aviación me ha cautivado desde niño, como ya saben los que han leído mi inocente historia hasta aquí. Y tal vez de todas mis aficiones juveniles, la aviación es la que he conservado más firme. Poseo el título de piloto civil, y con frecuencia rea-

lizo algunos vuelos, a pesar de que mi contrato cinematográfico me impide correr riesgos innecesarios.»

Aunque James Stewart no es lo que la gente se imagina ha de ser una estrella cinematográfica y que es un temperamento muy tímido, goza de mucha popularidad entre el elemento femenino de Hollywood. Con frecuencia se le ve en compañía de Ginger Rogers, Shirley Ross, Margaret Sullivan. A esta última debe uno de los éxitos más grandes que ha obtenido en la pantalla. Fué en la película «El ángel negro» donde nuestro héroe interpreta el papel de soldado pueblerino. La actuación de Stewart, en contraste con la elegante y brillante Margaret, ha proporcionado a la cinematografía americana uno de sus mejores films.

La lista de películas en que ha tomado parte James Stewart es hoy una de las más largas, y citaremos ahora algunas de las más sobresalientes: «Vive como quieras», de éxito universal. En «Ella, él y Asta», junto a William Powell y Myrna Loy, también interpreta un difícil papel de maniático, y recientemente ha conquistado laureles en la versión hablada de «El séptimo cielo», con Simonne Simon.

Otra de sus famosas creaciones ha sido la realizada en la película «Pecadora equivocada» («Philadelphia Story»), que le valió el premio de la Academia de Ciencias y Artes Cinematográficas de Hollywood. Colaboraron con él en dicho film la famosa Catalina Hepburn y Cary Grant.

Es James Stewart uno de los actores que más ocupados están en Hollywood, y tal vez a esto obedece que no haya sido protagonista de amoríos románticos.

Sería seguramente la característica de la timidez de nuestro actor lo que decidió a un periodista neoyorquino a soli-

citar de él una entrevista para preguntarle su opinión acerca de las modas para la mujer.

Otro, menos bonachón que James Stewart, es posible que hubiese contestado que no tenía tiempo que perder, pero él ofreció que le daría por escrito lo que opinaba sobre las modas femeninas.

Esto fué lo que contestó el simpático actor al entrometido periodista:

«Preguntar a un hombre qué es lo que opina de la moda para la mujer, es ponerle en un aprieto, pues todo cuanto diga puede redundar en su perjuicio al ser leído por sus amigas y por las que pudieran serlo. Pero como hoy día lo que priva es la franqueza, aquí va mi opinión. Es posible que algún día tenga que tragarme mis palabras, pero nadie más que yo será responsable.

»En primer lugar he de decir que me gusta ver una mujer bien vestida y de aspecto aseado. Ya estoy viendo sonreír a algunos ante mi aséveración, pues tengo fama de ser descuidado en el vestir, pero ahora hablo de mujeres, no de mí.

»Tengo preferencia por los trajes de corte deportivo. Hay tanta naturalidad en esta clase de ropa. Una mujer con un abrigo de aspecto deportivo, se presenta siempre con naturalidad, completamente despreocupada y confortable en su atavío. He observado que si las mujeres se sienten cómodas con el traje que llevan, están más simpáticas y comunicativas que cuando llevan ropa que les preocupa, como son los trajes de baile y recepción.

»Otro punto sobre el cual también tengo mis ideas. Me refiero a que me gusta que la ropa que usa la mujer responda a una personalidad. Al decir esto, no vayan a inter-

pretar mis lectores que me gustan aquellos trajes que, según vulgarmente se dice, «llaman la atención». No, no quiero decir esto, pues eso de llamar la atención ya hace mucho tiempo que está desacreditado, desde que no sé qué filósofo dijo que el hombre más elegante era aquel que «pasaba por Piccadilly desapercibido». Pues volviendo a nuestro tema, al decir personalidad, me refiero a que la manera de vestir de una dama esté de acuerdo con su manera de ser.

»Luego sigue la cuestión de color. La joven o señora que sabe combinar colores, me resulta interesante. Tampoco vayan ustedes a creer que me gustan los colores chillones. De ninguna manera; los considero ordinarios. Aquellos colores que dañan la vista son algo que detesto. Si me permiten ofrecerles a mis lectoras una bonita combinación de color, les diré que me gusta el color champaña claro con rosa muy pálido.

»También me fijo en las distintas combinaciones que ahora usan las señoras, y encuentro muy elegante el que el sombrero, cinturón, bolso y zapatos sean de un mismo tono.

»¿Peinado? Es verdad. Me gustan un poco rebuscados, pero no que tengan reminiscencia de manicomio.

»Ahora voy a decirles a ustedes qué es lo que no me gusta, y en primer lugar he de consignar los sombreros grandes. Confío en que algún día desaparecerán del mapa y no nos volveremos a ver jamás. Bailar con una muchacha que usa un sombrero grande, es una proeza casi irrealizable.

»Otra cosa que me desagrada es ver a una joven «arreglarse» en público. Admito que las muchachas se pinten un poco, pero esto deben hacerlo en casa, no en mitad de

la calle o en el restaurante. No tienen idea de lo que llega a molestarme acompañar a una señorita y que ésta saque el compacto del bolso para empolvase la nariz, o el lápiz para avivar el color de sus labios.

»Otra cosa que no tolero es el barniz rojo en las uñas. Si las mujeres fueran un poco más naturales en su maquillaje, serían doblemente atractivas.

»A todos los hombres nos gusta llevar a una muchacha al lado que vista elegante; pero si llama la atención por extravagante, entonces no resulta agradable para el que la acompaña. El maquillaje y los peinados de hoy día son algo superior a mis fuerzas.

»Tal vez tengo un exceso de pretensión en esta materia que se ha sometido a mi juicio sin yo desearlo, y probablemente no debería hablar tan claro, pero si se nos consultara a los hombres en cuestión de atavío podríamos darles muy buenos consejos, porque los hombres miramos a la mujer en conjunto, mientras que las mujeres a veces se dejan llevar por un sombrero, un bolso o chaqueta que desentona de todo el conjunto.

»Resumiendo: pienso que los hombres estamos más capacitados para aconsejar a las damas cómo deben vestir, más que ellas mismas. Cuando menos, esto es lo que yo pienso; es posible que me equivoque. Tomadlo o dejadlo, mis queridas amigas; como mejor os parezca.»

Así es cómo se expresa el simpático actor cuando se le consulta sobre algo; con llaneza y sinceridad, dos cualidades poco corrientes en estos días en que todo es ficción y engaño.

JAMES STEWART, AVIADOR

Como ya se ha dicho al principio de esta narración sobre la interesante vida de este simpático actor, la aviación ha sido una de sus más profundas pasiones; tanto es así, que incluso trabajando en el teatro en Broadway, siempre que disponía de tiempo libre lo empleaba en hacer modelos de aviones, cuyo tamaño no era precisamente de juguete.

La primera experiencia en aviación la tuvo siendo muy niño; casi se puede decir que él y los aeroplanos vinieron juntos al mundo.

Pues como decíamos, su primera experiencia fué un vuelo en un avión que se presentaba en una feria durante unas fiestas en la localidad donde residían los Stewart. Cuando el aparato aterrizó de un vuelo más que ridículo, comparado con los que se hacen actualmente, le estaban esperando en el campo sus padres y el médico de cabecera, pues la señora Stewart temía que su hijo necesitara asistencia facultativa después de haber realizado aquella hazaña.

Compañero de sus experiencias en materia de construcción de aparatos lo era Henry Fonda, actor también. Estos dos amigos estaban construyendo un modelo que era un verdadero prodigio, cuando de repente Hollywood solicitó los servicios de Fonda y tuvo que abandonar al amigo y el avión en Nueva York.

Instalado ya en Hollywood, Fonda escribía a su com-

pañero que fuera a reunirse con él y no dejara de llevar consigo el aparato. A lo que él contestaba que no había prisa, que cuando la suerte les reuniera nuevamente ya lo terminarían.

No esperaba James Stewart que tan pronto volverían a reunirse. Fué así. Se le hizo una prueba fotográfica, que fué favorable, y sin darse cuenta como quien dice, se encontró camino de Hollywood.

Todavía conserva nuestro actor los telegramas repletos de ansiosos consejos sobre la forma en que debía embalar el avión para trasladarlo a través del continente. No faltaban datos para el cuidado del famoso modelo a fin de que pudiera efectuar bien el viaje y llegar a feliz término. Así fué, a pesar de que viajar con un modelo de avión por compañero resulta bastante engorroso.

Fonda estaba en la estación para recibir a Stewart, pero sus primeras palabras fueron para enterarse de cómo había llegado el aparato. Inmediatamente se trasladaron a las habitaciones del amigo para desembalar la preciada joya.

Durante los ratos que no tenían que pasar en los Estudios, los dos amigos trabajaban en su obra hasta llegar a completar un avión en el que no faltaba detalle.

Actualmente, Stewart posee el título de piloto aviador civil, y ha estudiado para obtener el título de piloto de avión de línea, que sin duda obtendrá.

Es tanta la afición que tiene a volar, que por las mañanas, antes de entrar en los Estudios, es raro el día que no ha efectuado un vuelo.

JAMES STEWART Y SUS DAMAS

Hollywood, cuyo lema es «renovarse o morir», echó mano de James Stewart para introducir en la pantalla un nuevo tipo de galán, el tímido cien por ciento, y todo hace pensar que ha sido aceptado con entusiasmo.

Stewart ha pasado a formar parte de esa legión de ídolos de la pantalla que incluye galanes de «rompe y rasga», léase Clark Gable; los «suaves», como William Powell; los «frescos», tipo Robert Montgomery, y los «intrépidos», como Robert Taylor.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra», reza la bienaventuranza, y en el caso de James Stewart demuestra que es cierta.

En su relativamente corta y triunfal carrera, este joven actor ha colaborado con casi todas las estrellas más destacadas de Hollywood, a petición de ellas mismas. Entre las que han solicitado alguna vez que James figurara en sus películas, pueden citarse a la malograda Jean Harlow, Jeanette MacDonald, Myrna Loy, Janet Gaynor y Margaret Sullivan. Por expresa petición de Eleanor Powell, figuró en el reparto de «Nacida para la danza».

A pesar de su intensa y constante labor ante las cámaras, a menudo se ve a este joven en compañía de alguna beldad del cinema. A causa de esto ha circulado con frecuencia el rumor de su próximo matrimonio, mencionán-

dose unas veces como futura señora de Stewart a Virginia Bruce y en otras ocasiones a Ginger Rogers, Ann Shirley, Margaret Sullavan y Eleanor Powell.

Todas ellas están de acuerdo en que James es tan tímido en la vida real como en la pantalla, y esa timidez característica en él es precisamente lo que le hace más simpático a los ojos femeninos. Al hablar de ojos femeninos no nos referimos exclusivamente a sus compañeras de trabajo, si que también al elemento femenino en general.

La manía de sacar instantáneas es algo temible en Hollywood, sede de las grandes estrellas de la pantalla, y James Stewart se ha visto sitiado infinidad de veces por señoritas armadas de su maquinita dispuestas a «cazarle» con el objetivo. Durante los meses de verano, el asedio es imponente. Como actor que es, Stewart representa un excelente «material» para esa clase de fotografías. Cuando entra o sale de los Estudios, entra en un restaurante, en el teatro y hasta en su propia casa, no falta nunca algún aficionado preparado para tomar la ansiada fotografía.

Según contó un día el artista, dos muchachas de esas aficionadas al retrato furtivo le hicieron pasar el peor rato de su vida. Entraba en un teatro acompañando a una dama, cuando de pronto una señorita, con rapidez inusitada, le echó los brazos al cuello y le dió un apasionado beso, mientras su amiga, ya preparada al objeto, tomaba una fotografía de la improvisada escena. A la salida se repitió la broma, siendo la del beso la que había tomado primeramente la fotografía. Como es natural, esto no hizo ninguna gracia a la dama que acompañaba Stewart.

Otra vez, una aficionada a las fotografías furtivas esperó a James en el exterior de su casa un día entero, hasta

que logró ver al actor. Le dijo que conocía su habilidad para imitar, y le suplicó que imitara a alguien para ella sola. James se sintió complaciente y realizó diez imitaciones mientras la buena señora impresionaba otras tantas fotos. «Muchas gracias—dijo la señorita—; otro día impresionaré una foto de usted tal cual es».

La estupefacción de James fué enorme. Es decir, que le había molestado para retratarle imitando a otros, siéndole indiferente su retrato natural.

Se ha encontrado en infinidad de episodios como los anteriores, pero no le molestan, y si estuviera en su mano complacería a todos los fotógrafos aficionados. Después de todo, él recuerda que cuando tuvo pasión por la fotografía también andaba de un sitio para otro fotografiando todo lo que podía, lo que no podía y lo que no debía.

El que James Stewart permanezca soltero después de sus grandes éxitos en la pantalla, que le han proporcionado unas ganancias con las cuales podría mantener a su esposa rodeada de toda clase de lujos, es algo que tiene intrigado a toda Cinelandia, al extremo que se le llama el «Solterón número 1». El hecho de ser soltero tiene sus inconvenientes, pues para ser un soltero perfecto es indispensable saber zurcir calcetines, freír huevos, coser botones y ser buen bailarín. Un soltero que no reúna estas condiciones la pasa muy negra.

—Nací soltero—dice James—, y pienso continuar así toda mi vida. No soy contrario al matrimonio, ni mucho menos; al contrario, mis más íntimos amigos están casados. Desconozco la felicidad conyugal; pero sé perfectamente lo que es la tranquilidad del soltero, y por ahora no pienso cambiar ésta por aquélla.

Existen en Norteamérica periódicos que destinan una columna a lo que aquí llamamos «Notas de sociedad», con la gran diferencia de que en Europa, las notas de sociedad se refieren sencillamente a fiestas celebradas y su correspondiente reseña. La nota de sociedad, en según qué prensa americana, va más allá y saca consecuencias de las fiestas que se celebran y de las personas que a ellas asisten. Es muy raro que en esas notas no aparezca el nombre de James Stewart junto a alguna famosa estrella. Siempre una distinta.

—Esto me tranquiliza—dijo un día Stewart cuando un amigo suyo le llamó la atención sobre el hecho—. Lo terrible sería que siempre unieran mi nombre a una sola persona; entonces estaría perdido.

El excelente buen humor de este muchacho es tal vez lo que más ha contribuido a abrirle paso, pues lleva cinco años en Hollywood y es tan popular como los que residen en la Meca de la cinematografía desde 1913.

EL CINE ENSEÑA MUCHO

—El cine enseña mucho—dijo un día James Stewart en una tertulia de amigos—. He tenido ocasión de ser detective, criminal y buen muchacho. No sé en qué papel gusto más, pero yo prefiero ser buen chico. He observado que la solución de crímenes en la pantalla es una cosa muy sencilla. Con leer el argumento, se descubre todo. No obstan-

te, he tenido que aprender unos cuantos ardides y un poco de boxeo. Algo sobre señas digitales, balística y otras ciencias por el estilo, además de practicar me en poner las esposas como un profesional. En una película tuve que descargar un puñetazo a la dama. Era la primera vez que trataba a una estrella tan brutalmente, pero el papel lo traía así y, a pesar de todos mis reparos, tuve que hacerlo.

»En otra película hice de padre de familia, y me enteré de ciertos detalles interesantes para la crianza de los hijos. Si algún día quebranto mi voto de soltería, estos conocimientos me serán provechosos.

»En cuanto a deportes, el actor que no sabe practicarlos debe aprender, pues en cada nuevo papel que se le confía, uno no sabe si tendrá que montar en bicicleta, remar o patinar. A propósito de patinar. Se me dió un papel en que las escenas idílicas tenían lugar en una pista de patines. En mi vida me había puesto yo esas sandalias con ruedas que corren hacia donde les da la gana, completamente ajenas a la voluntad de los pies que las llevan.

»El director me dijo cuándo podríamos ensayar aquellas escenas. Le contesté que no sabía patinar, y me dió ocho días para que me pusiera al corriente. Sentí tentaciones de renunciar al papel, pero me dolía hacerlo, porque la dama era una de las primeras figuras hollywoodianas, yo estaba al principio de mi carrera y creí que debía salir adelante, aunque dejara un par de costillas en la pista.

»Mis primeros pasos por la pista, mejor dicho, mis primeras caídas, fueron espectaculares, dada la longitud de mis piernas y brazos, pero no había más remedio; tenía que continuar la lucha que había empezado. Hechas las primeras volteretas, empecé a encontrar la forma de dominar los mal-

ditos patines, y lentamente, balanceándome, con la ayuda de una gentil patinadora, logré dar varias vueltas a la pista. Antes de los ocho días que me había concedido el director, si bien no era todavía un «as» del patín, sabía lo suficiente para salir airoso de los ejercicios que debía ejecutar en la película. Poco a poco me fuí entusiasmando con el deporte, y ahora me considero ya un veterano.

»No satisfecho con patinar sobre los patines de ruedas, quise intentar el patinaje sobre hielo, mucho más elegante y más emocionante como deporte. Para esto aproveché la oportunidad de hallarse en Hollywood un grupo de patinadores, entre los que figuraban de fama mundial como Oscar Johnson, Ted y Roy Shipstad, Harrison Love y la incomparable Bess Ehrhardt, que hacen maravillas sobre el hielo. Con maestros de tal talla, no me fué difícil aprender, y aunque no he llegado a eclipsar a Sonja Henie, no lo hago del todo mal. Tuve la suerte de poder descansar algunos días y me dirigí a Mercersburg, donde se celebraban deportes de invierno, y pude participar en ellos. Mis profesores estuvieron muy amables. Tuvieron la paciencia de soportar mi torpeza cuando di los primeros pasos en aquella superficie tan fría, tan dura y tan peligrosa. El piso parecía estar lejísimo, mucho más lejos que el terreno que se ve desde un aeroplano. La verdad es que en aquellos momentos hubiese preferido estar volando en avión. Después de adquirir confianza, siguiendo las indicaciones de mis profesores pude cruzar el lago de izquierda a derecha y casi ejecutar un ocho.

»Ya ven los lectores cuántas cosas se pueden aprender trabajando en películas. Rara vez se encuentra un actor que tenga práctica en todos los deportes, y muchas veces hemos de practicar alguno por primera vez, como me ocurrió a mí

con el patinaje, y resulta que sobre el trabajo que tenemos en el escenario, al terminar éste hemos de empezar a estudiar, y esto con tiempo limitado. Hay mucha gente que envidia la suerte de los artistas de cine porque se imaginan que no hacemos más que tratar con mujeres hermosas, vestir elegantemente y pasear en soberbios automóviles. Si bien es verdad que hacemos algo de eso, hacemos mucho más de lo otro, o sea madrugar para estar a las ocho en punto de la mañana en el Estudio, estudiar bien los papeles, pues desde el advenimiento del cine sonoro, el diálogo debe estar bien recitado, aprender cualquier especialidad que se presente en la película poniendo el mismo interés que si tuviéramos que examinarnos, y no precisamente ante un tribunal, sino ante el público del mundo entero. Cuando algún joven me dice que le gustaría hacer películas, le advierto siempre que no se imagine que la profesión es de holganza y bienestar. Este viene después de mucho trabajo, de muchas horas de estudio.

»Pero para los que sentimos el arte, el cine nos ofrece infinidad de oportunidades y somos felices en nuestra profesión. Yo no pienso nunca retirarme. Es posible que el público me retire a mí, pues la vida de las estrellas de cine es corta y un favorito eclipsa a otro. El cine devora personajes, y hay muy pocos que duren tiempo. El caso de Wallace Beery, que lleva casi veinticinco años logrando éxitos, es verdaderamente extraordinario. Una cosa he de decir: los feos duramos más que los guapos. No sé por qué será.»

Todo en James Stewart es franqueza y sencillez, las dos cualidades que le han abierto las puertas del éxito de par en par, y diga él lo que quiera de la brevedad de la vida triunfal de las estrellas de cine, ya lleva este joven más de

cinco años triunfando en todo el mundo, habiendo conseguido premios por su actuación y figurando en la cabecera de los repartos de películas tan renombradas como «El ángel negro», «Vive como quieras» y, finalmente, «El séptimo cielo», cuya actuación ha eclipsado la que años atrás realizó Charles Farrell junto a Janet Gaynor. También esta gentil artista fué compañera de James Stewart en la película «Una chica de provincias», cuyo galán era Robert Taylor.

La carrera ascendente que ha emprendido este joven actor hace esperar que no parará aquí, sino que seguirá adelante, llegando a ser una de las figuras más destacadas de la cinematografía de esta época.

BIOGRAFIAS PUBLICADAS

IMPERIO ARGENTINA

MIGUEL LIGERO

ESTRELLITA CASTRO

ALFREDO MAYO

MELVYN DOUGLAS

MANUEL LUNA

ANTONIO VICO

Precio del ejemplar: **1,25** ptas.

Pídalas a EDITORIAL ALAS : Apartado 707 : Barcelona

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas. tomo

El bailarín pirata	El detective y su compañera
Sigamos la flota	Señorita en desgracia
Mamá se casa	Los defensores del crimen
Melodía de Broadway 1938	Una aventura de la Pompadour
Apuesta de amor	El poder invisible
La vuelta de Arsenio Lupin	Melodía rota
Héctor Fieramosca	Titanes del mar
El mundo a sus pies	Cupido sin memoria
Forja de hombres	María Ilona
Sepultada en vida	Posada Jamaica
Damas del teatro	El caso Vare

La quimera de Hollywood

2,50 ptas. tomo

Sabú	Una chica insoportable
Tú cambiarás de vida	Mortal sugestión
¿Es mi hijo?	¡Cuidado con lo que haces!
La última avanzada	Acusada
Alarma en el expreso	El misterio de Villa Rosa
Maria Estuardo	Albergue nocturno
Bajo el manto de la noche	Tarzán de las fieras
Las vacaciones del juez Harvey	El signo de la Cruz
Margarita Gautier	El pequeño lord
Las dos niñas de París	El asesino invisible
Los dos pilletes	El día que me quieras
Pygmalion	Por la dama y el honor

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS» - Apartado 707.- BARCELONA